REINA DEL TAMARUGAL

Malu Furche R.

A Fede, los Indios Sioux de Arica, la Chinita del Carmen
y a Adela, que llegó a terminar este libro conmigo.

"Mi Ñusta, montaña
mi fiel compañera
Chinita te bailo
yo la noche entera

Óyeme, óyeme, ñusta morena
sáname, sáname, calma mi pena".

Canto a Chinita de La Tirana, Gala Fernandez-Fresard

1

Estaba acostada, tapada hasta el cuello. Sergio dormía ovillado bajo las frazadas. Me estiré un poco y lo escuché maullar. La tarde estaba fría, el aire seco. Junté ánimo, abrí el computador y revisé el video que me faltaba. En la calle, las hojas amarillas del plátano oriental golpeaban mi ventana. Benja escribía en su oficina.

El video era un documental de 1944, en blanco y negro, filmado en 35 milímetros. Se titulaba «La Tirana: tradiciones chilenas». Comenzaba con planos del desierto de Atacama, sonaban flautas de bailes chinos. Ya había estudiado la mayoría del contenido: la fiesta tenía su origen en la leyenda de la Ñusta Huillac, princesa Inca conocida por todos como La Tirana. Su apodo lo había ganado por el trato que le daba a los conquistadores. Cada 16 de julio los obreros del salitre y sus familias acudían al pueblo de La Tirana para celebrar a la Virgen del Carmen. Los promeseros bailaban vestidos de diablos, chunchos, chinos, indios. «El pueblo suena a lamento y fe», decía el narrador. Para entonces, prendían fogatas y se movían al ritmo del fuego. También hacían una representación de la muerte de Vasco de Almeida, el portugués que enamoró a la Ñusta y la convirtió al catolicismo. La película terminaba con rostros de mujeres, hombres y niños y el

narrador anunciando que, una vez finalizada la fiesta, el pueblo regresaba a su enigmática soledad.

Mi computador se fue a negro y me vi reflejada en la pantalla. Estaba delgada, ojerosa, con cara de preocupada. Me tapé hasta la cabeza, aplazando todo lo que debía hacer. Sergio abrió los ojos con cara de enfado. Perdón, le dije. El gato bajó de la cama y se fue de la pieza. Sus lealtades eran cambiantes, seguro iría a las piernas de Benja. Me quedé entre las sábanas, sentí un guatero frío en los pies.

Ordené mis cosas al anochecer. Benja me dejó un té en el velador. Agradecí con una sonrisa y volví a la maleta abierta sobre la cama. Quería guardar una parka, no tenía espacio. Benja se sentó a un costado y analizó la situación. Tomaba malta Morenita.

—Espérate —dijo, y dio un sorbo largo. La cerveza lo ayudaba a pensar.

Sacó el trípode, la cámara, una grabadora de sonido, mis bototos. Metió la parka por los extremos y acomodó las cosas en un orden distinto. Al verlo me pareció lógico, incluso quedaba espacio. Bajamos la maleta y nos tendimos abrazados. Sentí su piel tibia, el olor a malta. Me dio un beso en el cuello. Suspiré con la vista fija en el techo descascarado, aún no le contábamos a la arrendataria. Entonces otro beso, la mano en la cintura. Me corrí con disimulo.

—¡Las tarjetas de memoria! —traté de sonar espontánea.

Benja suspiró resignado.

—¿A qué hora te vienen a buscar?

—Cinco de la mañana.

Él hizo una mueca de dolor, volvió a la cerveza, se acomodó en su lado de la cama. Entre los cojines encontró mis pastillas para dormir. En un gesto deliberado las había dejado ahí.

—¿No las llevas?

—Me da miedo no despertar. Fede me avisó que tendríamos horarios raros.

Benja negó con la cabeza, tiró las pastillas dentro de la maleta y se levantó con su cerveza. Antes de salir de la pieza se paró en el marco de la puerta.

—Mañana voy donde tu mamá —me dijo poniendo una sonrisa chueca. Me pareció que ese día estaba especialmente guapo—. Vamos a ver el diseño.

Tardé dos segundos en entender que hablaba de nuestros anillos. Nos casaríamos en diez días, cuando regresara de grabar La Tirana.

—¡Gracias! —respondí. Mi tono sonó automático y un poco exagerado.

Benja salió de la pieza al mismo tiempo que regresó Sergio. Se relamía los bigotes, acababa de comer. Saqué las pastillas para dormir, las guardé en mi velador. El gato se instaló en medio de la maleta. Le hice cariño en la cabeza, él me mordió enojado.

A las diez de la noche ya tenía todo guardado. Me lavé la cara con calma y me eché sérums que no llevaría al viaje. Benja entró y mientras orinaba me preguntó qué aperitivo encargar para el matrimonio. Le pedí que lo resolviera él, podía pedirle ayuda a su mamá. Me puse un contorno de ojos dando golpecitos con mi dedo anular. Menos mal no tendría que seguir planeando una celebración que se volvía cada vez más grande. Por el espejo miré la espalda fuerte de Benja y tuve ganas de casarnos más adelante, pero necesitábamos ahora los papeles para irnos a Francia. Él estudiaría un doctorado en filosofía medieval. Mi suegra me pagaba clases de francés, yo avanzaba lento. No era buena con los idiomas.

Benja tiró la cadena, se lavó las manos al lado mío. Me peiné y me sonreí. Me veía mejor que en el reflejo de la pantalla. Benja me abrazó por la espalda. Te voy a echar de menos, Frani. Yo a ti, respondí, y agarré una pinza para sacarme un par de bigotes.

El despertador sonó a las cuatro y media. Benja tenía su mano sobre mi espalda, se sentía pesada. Salí de la cama con cuidado. Abrí la ducha, el agua caía fría y con poca presión. Me arrepentí, no me bañé. Me cepillé los dientes y vestí en silencio. Abrí la maleta, saqué la parka, los bototos. No debí guardarlos. Antes de salir olí a Sergio, se había acostado en mi almohada. Acaricié los rulos de Benja. Él me tomó la muñeca y me dio un beso medio dormido

Fede me esperaba en una van. Usaba un jockey naranjo, una parka gruesa y zapatillas de lona. Se veía divertido. Buena pinta, le dije. ¿Y tu cara?, respondió. Conocía a Fede desde chica, era como un hermano grande. Él dirigía la investigación que haríamos en La Tirana. ¿No se te queda nada, cierto? Negué con la cabeza al mismo tiempo que bostecé. Me puse audífonos y cerré los ojos. Aún estaba media dormida.

El avión que nos llevaría a Iquique se retrasó dos horas.

Compramos café y esperamos en la sala de embarque. Encontré un diario tirado bajo una silla. Hojeé las páginas sin interés hasta que encontré en un artículo a Juan Pérez Silva, el sicópata de Alto Hospicio. La coincidencia de visitar la región hizo que me detuviera a leerlo. En un par de meses se cumplirían veinte años de su primer femicidio. El artículo relataba el crimen de Graciela Saravia, una chica de diecisiete años que había subido al taxi pirata de Pérez Silva

en septiembre de 1998. Él la había violado, asesinado a golpes y dejado su cuerpo en una playa de Iquique. Un grupo de pescadores encontró el cadáver junto a una cadena de Pérez Silva que serviría como pista tres años más tarde. Para ese entonces, el femicidio no estaba tipificado en Chile y tampoco se sospechaba que las otras jóvenes desaparecidas en la zona estuvieran muertas. Se hablaba de prostitución, drogadicción, que las chicas habían escapado porque en sus casas las trataban mal. Culpa de sus padres, culpa de ellas. Ni el gobierno ni los carabineros sopesaron la posibilidad de algo más grande. Las familias pasaron años escuchando lo mismo pero siguieron buscando por el desierto sin descanso. Al final pillaron a Pérez Silva de casualidad. Pudieron identificarlo porque una de las adolescentes sobrevivió a su ataque.

Terminé de leer y le pregunté a Fede si se acordaba. Cuando sucedió el caso yo ni siquiera tenía diez años.

—Sí po, Fran. Mató a casi puras liceanas.

—Aquí dice que quizá no actuaba solo. Para recrear algunos asesinatos necesitaron hasta tres personas.

—¿A cuántas fue que mató? —Fede me miró inseguro, arrepentido de haber preguntado.

—A catorce.

—El conchasumadre.

—En la cárcel cuidan que no se suicide.

Fede levantó las cejas. Tomé un sorbo de mi café frío y volví al diario con el alivio culposo de la tragedia ajena.

En el vuelo me fui pensando en por qué Fede me había elegido para grabar su investigación. Había estudiado cine porque me gustaban las películas, pero no era talentosa ni buena con lo técnico. Mi cámara en mano se sentía tiritona,

me costaba hacer sonido directo. Tampoco consideré rechazar el trabajo. Necesitaba la plata: me acababan de cobrar la primera cuota de una operación por un accidente. A pocos días de año nuevo, regresando de una fiesta, se me había enredado el vestido en la cadena de la bicicleta. Los pedales se trabaron, caí en la vereda. Fueron pocos metros, no iba rápido, el golpe fue certero. Mi brazo izquierdo quedó bajo mi espalda. Estaba borrachísima. Me quedé tirada en el suelo riendo como una tonta, hasta que intenté moverme y sentí que mi brazo no era parte de mi cuerpo. De alguna manera logré llamar a Benja que se había quedado en la fiesta. Mientras esperaba, tuve un frío invernal y debí aguantar unas ganas terribles de quedarme dormida. Eran las tres de la mañana, nadie pasó por la calle. Benja llegó a los cinco minutos, increíblemente sobrio, escondiendo su preocupación. A urgencias llegó mi mamá y su pareja. Me puse a llorar apenas la vi. Si respiraba fuerte los huesos de mi brazo chocaban entre sí y se desencajaban más.

Desperté en una pieza blanca con una enfermera preguntándome en qué día de mi menstruación estaba. No estoy con la regla, respondí tajante. Ella insistió, yo también. Quiso saber si era sexualmente activa. Dije que sí con poca convicción. Tardaron un rato en tomarme radiografías, mis dedos iban perdiendo movilidad. Media hora después, la doctora me explicó que tenía el hombro dislocado y una fractura Monteggia: mi cúbito se había quebrado y el radio se me había desplazado. Como si fuera parte del mismo diagnóstico, agregó que probablemente tenía un aborto espontáneo. Por suerte no sería necesario un raspaje. Su voz sonó fría y metálica.

Me preguntó la fecha del primer día de mi última menstruación, si me estaba cuidando y cosas que en ese momento

me costó entender. Le respondí que rara vez olvidaba una pastilla y, la regla no me llegaba hacía meses, el ginecólogo me había explicado que era frecuente por tantos años de anticonceptivos. No creo que tenga que ver con la caída, siguió ella. O al menos no directamente. Las pérdidas en el primer trimestre suelen ser por embarazos inviables. No supe qué responder, solo tuve el amague de tocarme el estómago. El intento me dolió al punto de marearme. Ahora vamos a operar y, cuando salgas, te daremos un instructivo, dijo, y trató de sonreír. Creo que notó mi desconcierto.

Después de la operación, sentí que me habían manoseado el brazo, separado la carne de los huesos. No podía mover los dedos, me asusté, pensé que me había echado a perder. Benja entró a los pocos minutos y me hizo cariño en la cabeza. Entonces recordé lo del aborto. Me preguntó cómo estaba, asumí que no había hablado con la doctora. Bien, respondí. Con la morfina no sentía nada, ni siquiera supe si tuve alguna contracción.

Ya habían pasado siete meses, había dejado los anticonceptivos y mis hormonas recién se estabilizaban. También había terminado la rehabilitación y mi mano se movía con normalidad. Del accidente conservaba una cicatriz en el antebrazo, una placa de diez centímetros que me picaba cada vez que hacía frío y problemas para dormir. A Benja no le había contado del aborto.

El taxista que nos llevó del aeropuerto al centro de Iquique manejó con exceso de confianza. Mano derecha al volante, brazo izquierdo apoyado en la ventana. No dudaba en adelantar camiones en curvas cerradas. La media hora de tra-

yecto me fui agarrada del pasamanos, como si me ofreciera algún tipo de seguridad. Fede se fue conversando con el taxista. Hicieron predicciones para la final del Mundial de Rusia y hablaron de cómo andaba todo por la zona. El taxista dijo que la cosa se estaba poniendo mala, la ciudad no era lo de antes. ¿Cuántas veces alguien dirá eso sobre algo? Después me acordé de que a Pinochet le gustaba Cavancha. «Iquique, el Miami chileno», decía.

Almorzamos en una picada peruana sugerida por el taxista. Entre la ensalada y el plato de fondo, nos tomamos una selfie junto a una gigantografía de Machu Pichu. Pa tu vieja, dijo Fede y le mandó la foto. Qué feos, respondió ella de inmediato. Mi mamá era su madrina, amiga de la mamá de Fede desde la universidad. Mientras esperábamos la cuenta, Fede me preguntó cómo me sentía. Lo miré seria, era de los pocos que sabía todo de mi accidente.

—Me da lata hablar de eso.

—No seái perseguida, es por el brazo —siguió y contó la propina—. Te vi moverlo raro cuando agarraste la maleta.

Le expliqué que, a veces, si cargaba mucho peso me molestaba.

—Entonces cuidado con la cámara y el trípode.

Asentí para que se quedara callado.

El kinesiólogo me había dicho que estaba bien exigirme y estaba cansada del estado de excepción que habitaba mi cuerpo. Fede miró la hora, se paró y me hizo un gesto para que nos fuéramos. Todavía no terminaba mi bebida, pero lo seguí sin alegar. Al menos no me había contratado por lástima.

Tomamos una micro chica que trepó por la pared de desierto que divide Iquique y Alto Hospicio. El motor pareció

toser durante la subida. En una hora pasamos del aire marítimo al interior seco y caliente de la pampa.

Años atrás había estado en La Tirana con un grupo de amigos. También iba Benja, aunque todavía no estábamos juntos. En ese entonces yo pololeaba con otro que me pateaba una vez al mes. Lo pasaba pésimo, no me gustaba tanto y, aun así, insistía en volver con él. Entre otras cosas, era celoso de Benja. Yo le repetía que éramos amigos, que no se preocupara. No era del todo cierto, pero tampoco hubiera imaginado que años después me casaría con él. Y tampoco que Piñera sería presidente de nuevo. Tengo una foto que lo vaticina: Benja y yo abrazados y sonrientes, más despreocupados y menudos. Íbamos camino a la fiesta de La Tirana en una micro como la que tomamos con Fede. A nuestras espaldas, un rayado: PIÑERA CONCHATUMARE.

Nos bajamos en La Tirana junto a las demás personas que venían en la micro. Fede sacó su celular, hizo una llamada, del otro lado sonó apagado. Se quedó pensando. Sugerí buscar la dirección en Google. Mi amigo se burló, como si yo hubiera dicho algo ridículo o imposible. De su bolsillo sacó un mapa dibujado a mano. Le pregunté si lo había hecho su hija chica. Él lo tapó con sutileza. Ríete no más, ya vas a ver, respondió e intentó leerlo.

Avanzamos dos cuadras por un camino a medio pavimentar. El horizonte estaba cubierto de nubes, sentía sabor a tierra en la boca. Llegamos a un sitio lleno de camionetas y carpas. Fede dio vuelta el mapa y me mordí la lengua para no molestarlo. Insistí en googlear la dirección. Buscábamos el galpón de los Indios Wichita, una sociedad de baile originaria de Arica. Espera, dijo Fede, concentrado y al borde del enojo.

Menos mal lo llamaron de vuelta. Levanté mi maleta para que no se ensuciara, pero ya era tarde, las ruedas estaban cubiertas de tierra. Deshicimos las cuadras avanzadas y tomamos un camino que bordeaba el pueblo.

El galpón Wichita estaba desteñido por el sol. Sus puertas abiertas encuadraban las mesas del primer piso donde los indios hacían sobremesa. Un parlante del porte de mi maleta colgaba de una esquina, sonaba vals peruano. Al fondo, sobre un podio, estaba la Virgen. La Chinita tenía el pelo negro y ondulado. En su rostro pálido se formaba una expresión dulce. La observé con detención y sentí que me devolvió la mirada. Me reí de mí misma, no llevaba ni cinco minutos y me estaba sugestionando.

Es bonita, ¿cierto, mi niña?, me preguntó una mujer de unos sesenta años, colorina, guapa, con caderas, manos y ojos grandes. Raquel Flores, mucho gusto, agregó, y me pasó un vaso de agua. Ahora son todas plásticas, pero esta es de verdad, siguió, mientras yo tomaba el agua al seco. Luego supe que Raquel era la presidenta del baile, había enviudado hacía unos años y era dueña de una verdulería en Arica. Sus brazos estaban tonificados a punta de levantar cajones con frutas y verduras. Apoyé el vaso vacío al borde de una mesa y no supe hacia dónde ir. Raquel había caminado en dirección opuesta, sin intención de continuar la conversación. Fede hablaba con un hombre mayor, que parecía explicarle cosas importantes.

Examiné a mi alrededor. El primer piso era un comedor con mesas, cocinas y bidones de agua. En el segundo piso estaban las piezas, conectadas por un balcón interior en forma de U. Desde ahí apareció el Pulga, el caporal del baile. Era chico, flaco, con cara de simpático. Se apoyó en la baranda y nos sa-

ludó con la mano. ¿Francisca?, gritó, Tú te vai pa allá con las solteras. Fede volvió a mi lado y aprovechó de contar que de soltera me quedaba poco. Escuché las felicitaciones y respondí con mi mejor sonrisa. Luci, una niña morena de rulos enredados, me preguntó qué hacía ahí si me iba a casar. Le expliqué que la grabaría a ella y al resto del baile. Si yo me casara en tan pocos días no hubiera venido, respondió con un tono juzgón. La ignoré. Estaba aburrida de ese tipo de comentarios, ya los había escuchado bastante.

No me entusiasmó la idea de dormir con las solteras. Había imaginado que compartiría pieza con Fede, debí suponer que los dormitorios mixtos eran para parejas o familias. Para no parecer desatenta, le di las gracias al Pulga por librarme de los ronquidos de Fede. Todos rieron, menos él. Por andar contando que me voy a casar, le murmuré. Es justo, respondió.

Aunque la pieza de las solteras era grande, se sentía estrecha entre la ropa tirada en el piso, las maletas, cajas plásticas y colchones. Casi no había lugar para pisar. Apenas entré, una adolescente de cachetes colorados me hizo un espacio para que dejara mis cosas. Otra me pidió que volviera en un rato, mientras ordenaban y decidían cuál sería mi colchón. Les pregunté sus nombres, ellas se presentaron rápido. Eran diez en total.

Al salir de la pieza tropecé con una zapatilla blanca. Escuché unas risas ahogadas y a Andy –el único nombre que había retenido– gritar: ¡Cuidado con caerse! Todas rieron con fuerza y no me quedó otra que seguirlas. Andy agregó: ¡Y aprovecha de bañarte, que después se acaba el agua y no queremos a nadie hediondo! Otra risotada. Cerré la puerta por fuera, con la cara roja de vergüenza.

Luci estaba en la escalera, con un libro de princesas indígenas en las piernas.

—¿Y qué hace su pololo, tía?

—Dime Francisca —respondí pesada.

Ella hizo un puchero.

—Es profesor de filosofía.

Luci jugó con uno de sus rulos y volvió a su libro. No le había interesado mi respuesta. Bajé con cuidado la escalera empinada, de peldaños delgados. Me dio un poco de vértigo. Cuando llegué al primer piso, me volteé para ver a Luci. Ella también me miraba.

Salimos a caminar por el pueblo con Fede. Él dormiría con los solteros e igual que a mí le habían pedido tiempo para ordenar. Estuvo un buen rato repitiendo que su pieza era peor. Como siempre, exageraba para ganarme en desgracia. No quise dársela fácil:

—Soy la más vieja de todas, ninguna tiene más de veinticuatro.

—¿Y qué esperái? Estái vieja y la próxima semana vai a ser una señora.

Fede tenía razón. En noviembre cumpliría treinta años, cada vez me costaba más recuperarme de una fiesta larga, me estaban saliendo canas y mis pechos ya no estaban tan firmes.

—Te apuesto que tu pieza no huele mal —siguió él.

Escuché en mi cabeza la risotada de Andy diciendo que me bañara y pensé en que no quería regresar con las solteras.

Anduvimos un rato por el pueblo, lleno de familias y grupos de baile. Las casas se trepaban unas con otras y se disolvían en el aire, sin techos. Tenían fachadas de adobe, madera, cemento y los patios con carpas. En un callejón, un grupo de

niños jugaba con pistolas de agua. Se mojaban unos con otros, hasta que un hombre salió a retarlos por su despilfarro.

Seguimos el paseo hasta una feria de varias cuadras, que todos llamaban el mall. Vendían ropa, muebles, electrodomésticos, comida y artesanías. A unas cuadras de la feria, estaba el cementerio y el templo antiguo, una iglesia de adobe empastada con la tierra del desierto. Caminamos en esa dirección. Queríamos aprovechar la luz roja del cielo para grabar unos planos de contexto. Traté de soltar la mano, e hice un paneo indeciso por las tumbas coloridas, cubiertas de flores de papel, junto a los tamarugos como arbustos gigantes. Los bronces llegaban en susurro desde la plaza. Me hizo bien el cambio de aire, se me pasó el pudor mezquino de mi primer encuentro con las solteras.

Cuando regresé a la pieza, las camas estaban hechas, el piso de cholguán despejado y los trajes de baile colgados en un perchero. Tu vai en el colchón de la esquina, me indicó Andy. Me instalé ahí a ordenar mi maleta. Yo duermo contigo, agregó una chica de unos diecisiete años, con los ojos delineados de color negro. ¿Me recuerdas tu nombre?, pregunté bajito. Nicole, respondió, Y ella es Karina. Miré hacia el frente, una muchacha un poco mayor que Nicole me sonreía con dientes perfectos. Estaba sentada en el piso sin zapatos, con calcetines de colores distintos. Hola, dijo Karina con voz animada y me repitió el nombre de las demás. Le di las gracias. Ella siguió: Así que te casái. Las solteras miraron expectantes. Pasamos la tarde conversando de la ceremonia y la fiesta. Conté que el matrimonio no sería por la iglesia. Verónica, otra de las chicas, dijo que consiguiéramos alguna bendición o tendríamos pocas posibilidades de durar. Fue tan rotunda que por un segundo

pensé que bromeaba. Quise contradecirla, pero al mirarla con detención me desconcentró su pelo azabache con una chasquilla tupida que acentuaba sus rasgos angulosos. Era hermosa.

Andy me tomó la mano para ver mi anillo de compromiso. Yo llevaba uno con tres piedritas brillantes en mi dedo anular. Era la única joya que tenía, la había comprado después de hacer un video institucional a una Municipalidad con plata. Inventé una propuesta frente al mar con flores incluidas. Con Benja no éramos románticos, me gustaba que fuera así, sin embargo quise encajar. Andy: Estái fina, hueona, y me mostró una trenza de plata en su dedo índice. Me lo regaló mi mamá cuando salí de cuarto medio, dijo. El anillo se lucía en su mano hidratada, con uñas perfectas y cutículas sanas. Al rato me contó que era manicurista.

Les dije a las solteras que para la ceremonia usaría pantalones negros y un peto de seda con flores. Ellas opinaron que desaprovechaba la oportunidad de verme bien. Nicole me dijo que con mi cuerpo podía usar lo que quisiera. Andy la apoyó: Pa peto y pantalón no te casái po. Estuve a punto de encontrarles razón. Acordamos que antes de volver a Santiago me harían una despedida de soltera.

Desde el primer piso sonó un silbato.

Karina me explicó que el Pulga tocaba el pito tres veces. La primera, para arreglarse; la segunda, para estar listas; la tercera, para salir a la calle. ¿Tú crees que lo hacen?, saltó Verónica, la única que ya estaba en pie. Yo sí, dijo Andy en un tono que interpreté como irónico. Las dejé para que se vistieran.

En el comedor del primer piso me encontré con Fede tomando notas. Me senté al lado y cambié el lente de la cámara por uno que abriera más el diafragma. La iluminación